

1 INTRODUCCIÓN: LA FILOSOFÍA HELENÍSTICA

Ya sabes que la organización política y las condiciones culturales del mundo griego a la muerte de Aristóteles sufren cambios radicales. La Filosofía, la Ciencia, la Literatura y el Arte que durante siglo y medio estuvieron centralizados en Atenas, se dispersan por todo el Oriente, renaciendo en las capitales de las grandes provincias: Pérgamo, Éfeso, Antioquía, Rodas y sobre todo Alejandría. A este fenómeno histórico se le ha llamado Hellenización y al período de tiempo que abarca, Período Helenístico. Se suele llamar también con el nombre de helenísticas a la Filosofía y a la ciencia que florecen en él. Por otra parte, las ciudades griegas pierden su autonomía, desaparecen las ciudades-estado y son integradas en organizaciones políticas de gran extensión. Los ciudadanos ya no intervienen ni en la designación de las autoridades, ni en el gobierno de la ciudad, ni en la formulación de las leyes. Todo viene impuesto desde arriba y, por lo tanto, se pierde el interés por los problemas políticos y sociales. El hombre se repliega en su vida privada y el filósofo se preocupa por encontrar un *Ideal de vida perfecta*, en estas nuevas condiciones. Surge por todo ello el individualismo (primacía de la conciencia individual sobre el bien común) y el universalismo (un individuo es igual que cualquier otro).

El enorme esfuerzo intelectual de Platón y Aristóteles, cristalizado en sus grandiosas concepciones filosóficas ha agotado la mentalidad helénica. La tarea especulativa y teórica pierde interés, y se centra en la vida práctica. Como las religiones han perdido fuerza en los medios intelectuales y han sido sustituidas por la filosofía, son los filósofos y no los sacerdotes los consejeros de la conducta. La sabiduría es, desde esta perspectiva, el modo de vivir digno del hombre. Es sabio el que tiene unos determinados ideales justificados racionalmente y que orienten la vida dándole un tono peculiar. **¿En qué consiste la plenitud humana, la total satisfacción, la tranquila e imperturbable felicidad?** Tal es el problema central de la nueva filosofía. Es evidente que conforme a esto, la disciplina filosófica central será la Ética. Las demás serán cultivadas en función de ella, como preparatorias, como *propedéuticas*; de hecho, las escuelas más características de esta época han dividido la filosofía en tres partes: La *lógica* o *Canónica* que da reglas para saber; *Física* o estudio de la naturaleza, con la mira de determinar la naturaleza del hombre y, una vez conocida ésta fundar en ella la *Ética* o *Ciencia moral*.

Repasaremos en esta introducción las escuelas de filosofía fundamentales del helenismo: epicúrea, estoica y escéptica.

1.1 LA FILOSOFÍA EPICÚREA

El Epicureísmo debe su nombre a **Epicuro**, su fundador. A los 35 años fundó en Atenas una escuela con el nombre de El Jardín, y a sus discípulos se les conoce con el nombre de filósofos de Jardín. En el Jardín recibía a cuantos querían acudir con la sola condición de que supieran leer. Muchos iban en busca de consejo ante los sinsabores de la vida. El Epicureísmo se extendió rápidamente en vida de Epicuro y se fundan en varias ciudades círculos epicúreos. Todos estos círculos están en contacto por carta con el maestro. Escribió numerosas obras, pero sólo se conservan algunas cartas, algunos fragmentos de su física y algunas colecciones de sentencias.

Para Epicuro el hombre y la sociedad son temas fundamentales. La filosofía debe tener un papel *soteriológico* (de salvación). Pero, ¿salvarle de qué? Del dolor, de la desgracia, de la miseria que vive etc. Una filosofía que no cure las heridas del alma no tiene para Epicuro y sus adeptos ningún valor. El fin del filosofar es la felicidad del ser humano, en la medida de lo posible. Y todo saber que no conduzca a la felicidad debe ser desterrado. Así lo insinúa en esta frase: *"No hay que reprochar a nadie porque no*

sepa que Héctor era griego o troyano" nos dice el filósofo. Las causas de infelicidad para el hombre son cuatro. Epicuro las analiza y propone el remedio adecuado:

- El temor al destino, fuerza inevitable que regularía la vida de los hombres. El remedio está en saber que todo fenómeno universal se debe a los átomos y sus enlaces y que estos enlaces se deben a fuerzas mecánicas junto con un poquito de azar, debido a que los átomos cambian de trayectoria y sufren una desviación, un clinamen, pero sin que ningún poder más o menos mágico que los guíe.
- El temor a los dioses, que puedan castigarnos si se enfadan con nosotros. Como remedio propone saber que los dioses, si existen, están compuestos de átomos sutilísimos y viven en regiones lejanas sin preocuparse para nada de la suerte de los hombres: no hay providencia.
- El temor a la muerte. ¿Por qué temerla? El alma humana está compuesta de átomos sutiles, pero átomos materiales al fin y al cabo. Al morir el hombre, se destruye su cuerpo y también su alma. Después de la muerte no hay nada. La muerte es como un sueño continuado y ¿hay algo más dulce que el sueño en el que estamos alejados de la crueldad de la tristeza, de las amarguras y de los dolores de la vida?
- El temor al dolor. El dolor sí que existe y es fuente de infelicidad. Epicuro no puede negarlo, pero también hay un remedio para esta situación, veamos cual: Epicuro mantiene que lo único que puede hacer feliz al hombre es el placer. El hombre es un ser viviente más, y donde hay vida, el ser vivo busca placer y rehuye el dolor.

Por lo tanto la primera máxima reguladora de la conducta será: busca el placer y rehuye el dolor. Esto también lo hace el ser irracional, pero el hombre es racional y por eso, la búsqueda del placer no puede ser ciega, sino guiada por la prudencia, que introduce algunas limitaciones a la máxima anterior: hay que buscar el placer y rehuir el dolor prudentemente, racionalmente. De esta segunda máxima se deducen las cuatro reglas de oro de la moral epicúrea:

1. *Hay que aceptar el placer presente.*
2. *Hay que rechazar el placer presente si la razón prevé que de él se derivará un dolor futuro superior.*
3. *Hay que rehuir el dolor presente.*
4. *Hay que aceptar el dolor presente si la razón prevé que de él saldrá un placer futuro superior.*

Epicuro distingue entre el placer de los sentidos, la *fruición*, y el placer espiritual, el *gozo*. Respecto al placer de los sentidos y dado que en la práctica es imposible satisfacer todos los deseos de nuestros sentidos, pues satisfecho uno engendra otro, lo mejor es limitar el máximo tales deseos, buscando la ausencia del dolor sensible: *aponia*. El placer fundamental, es el que puede dar la felicidad es el espiritual, el gozo, gracias al cual conseguimos la tranquilidad de nuestro ánimo, la *ataraxia* (ausencia de todo dolor) que es la esencia de la felicidad.

Lo que el hombre tiene que buscar es la paz interior, no el placer de las riquezas, sólo así será feliz. Así lo dice Epicuro en una bella máxima: *"si quieres hacer rico a Pitocles (Epulón y Craso en las culturas judías y romanas) no aumentes sus riquezas, disminuye sus deseos"*. El hombre que ha llegado a este estado de *ataraxia*, que rehuye el dolor sensible pero lo acepta con resignación si le viene, que limita sus

necesidades materiales, que aspira el gozo de su alma derivado del saber y del cultivo de la amistad, ese hombre será un sabio epicúreo y no tendrá miedo al dolor¹.

Epicuro considera la sociedad como un mal necesario ya que la vida del hombre en estado de naturaleza sería todavía un mal mayor. Aceptando la vida en sociedad, el sabio epicúreo y el aspirante a serlo deben vivir lo más aislados posible, ocultamente, aisladamente, es la norma fundamental de Epicuro a este respecto. Vivir en sociedad sí porque es necesario, pero vivir lo menos socialmente posible, ya que es un mal, una fuente de intranquilidad del espíritu.

1.2 EL ESTOICISMO

Paralela en el tiempo y en los fines al Epicureísmo, pero, en líneas generales, contrapuesta, aparece en esta época la *Escuela Estoica*, llamado así por el lugar en que se fundó, *Stoa* (*Stoa poikile* → pórtico pintado), porque Zenón de Citium comenzó a enseñar en el *pórtico de las pinturas*. Conciben los estoicos la sabiduría como medio de hallar el ideal de vida y ponen éste no en el placer, sino en *vivir según la naturaleza*.

También para los estoicos, el hombre tiene como fin último la búsqueda de la felicidad; ésta no se consigue por el influjo de la vida pasional. La felicidad se consigue dominando las pasiones y practicando la virtud. La felicidad del hombre sólo se consigue mediante la perfección. Esta perfección radica en que el hombre, que es un ser natural, viva y actúe de acuerdo con la naturaleza y no en contradicción con ella. De ahí surge la máxima fundamental del Estoicismo: *vive conforme a la naturaleza*.

Todo está determinado y nada puede hacerse para cambiar el rumbo de los acontecimientos. Al igual que quien nada contra corriente sólo consigue cansarse para terminar siendo arrastrado por ella, el necio que se revela contra el destino sólo alcanza desesperación y sufrimiento. La verdadera sabiduría consiste en aceptar el destino serenamente y sin aspavientos sabiendo que es lo mejor para el hombre, ya que el universo está regido por los Dioses y el destino es providencia. La razón es la que nos enseña estas verdades y de acuerdo con ella debemos vivir. A la vida racional se opone la vida pasional, afecciones o impulsos del alma que nos impulsan al placer y a la búsqueda de bienes materiales. Estas pasiones, derivadas de la ignorancia, nos llevan a creer que esos bienes son necesarios para la felicidad, pero esto es una trampa ya que a medida que nos afanamos en conseguir bienes materiales, mayor es la necesidad de ellos. Por lo tanto, hay que dominar las pasiones, es decir, extinguir los deseos de placer, de bienes materiales. Es lo que llamaban los estoicos carencia de pasiones (*apaceia*). El hombre que ha llegado a este estado, es decir, que ha alcanzado la *apaceia* y la virtud es el sabio estoico: un hombre feliz y que lo será pese a las desgracias. ¡Si el universo se derrumbara, sus ruinas me dejarían impávido! decía Epícteto, uno de los más grandes pensadores estoicos.

La postura estoica ante la sociedad y el Estado es la del cosmopolitismo. Séneca (uno de los estoicos más importantes) lo expresa al decir: "Nosotros decimos que nuestra patria es el mundo". El estoico es un ciudadano del mundo. A diferencia de los epicúreos, que optan de un modo total por la vida privada, los estoicos no renuncian a que su doctrina sea un factor para influir en política.

¹ El epicureismo posterior al del maestro variaría sus principios girando hacia un hedonismo desenfrenado basado en el placer sensible.

1.3 EL ESCEPTICISMO

Primitivamente, la palabra escéptico designaba al hombre de espíritu crítico, el que examinaba con cautela cuantos temas se le presentaban a su consideración (*skepsis* significa indagación). Hoy se entiende por Escepticismo la doctrina que niega la capacidad de la mente humana para conocer la verdad o ciertas verdades con certeza y escéptico es el seguidor de esta doctrina. La doctrina opuesta al Escepticismo sería el Dogmatismo. Dogmático es el hombre que, por su confianza en su facultad de conocer, afirma con seguridad optimista poseer la verdad. Cuando esa seguridad es exagerada y falta de crítica el dogmatismo adquiere un sentido peyorativo, incompatible con la filosofía.

El Escepticismo, como sistema, es por lo general, fruto del cansando especulativo y suele surgir en períodos de decadencia filosófica después de una abundante proliferación de teorías. Pero nunca faltan manifestaciones esporádicas de duda que vienen a turbar el optimismo cognoscitivo incluso en los momentos más florecientes de las facultades humanas. Así, por ejemplo, en Grecia aparecen gérmenes de escepticismo en los mismos comienzos del filosofar. La famosa frase de Heráclito de que "*A la naturaleza le gusta ocultarse*" es la expresión de un cierto escepticismo ante las dificultades que tiene la interpretación de la naturaleza.

El Escepticismo como posición filosófica no ha sido profesado hasta fines del siglo IV cuando los autores aluden a Pirrón y sus discípulos bajo el epígrafe *Escepticismo antiguo*. En los siglos próximos a la aparición del Cristianismo, rebrota un Escepticismo más radical. Un escepticismo que niega la posibilidad de conocer nada con certeza y, por lo tanto, la de afirmar o negar nada. Sólo procede la abstención del juicio. El hombre puede decir lo que le parecen las cosas, pero nunca lo que son. En el siglo III a. C. Enesidemo intenta justificar el Escepticismo con diez tropos o argumentos en su obra *Discursos Pirrónicos*. En el siglo III d. C. Agripa añadió cinco tropos más a esa doctrina teórica del Escepticismo (Otro escéptico famoso es Sexto Empírico). Las razones o tropos de Escepticismo pueden reducirse a las siguientes:

- Las cosas son muy difíciles de conocer, impenetrables en su esencia, en constante cambio, y con circunstancias que se nos escapan.
- Nuestras facultades del conocer son débiles y cambiantes, según los estados de ánimo del sujeto. La enfermedad, la salud, la edad, el sexo, el humor etc. nos hacen ver las cosas de distinta manera sin que sepamos nunca como son. Los sentidos sólo nos proporcionan apariencias; la razón pretende demostrar pero los fundamentos en que se funda la demostración no tienen consistencia.
- Las opiniones de los hombres son muy diversas y, a veces, contradictorias. Todos pretenden tener razón y todos niegan que la tengan los demás. ¿A quién hacer caso?

Para los escépticos, como el conocimiento es fuente de contradicciones e inseguridad, la felicidad debe buscarse en la *ataraxia* (imperturbabilidad) que se consigue con la suspensión de todo juicio (*epokhé*).

2 LA APARICIÓN DEL CRISTIANISMO.

A partir del siglo primero y, sobre todo, del segundo, la doctrina cristiana va a irrumpir con fuerza el pensamiento griego. La fe cristiana y la filosofía griega van a unirse para constituir el pensamiento medieval y eso a pesar de que sus intereses y objetivos eran contradictorios. En general, lo que pretendía la filosofía griega (ya lo hemos visto) era utilizar la razón para comprender el mundo y establecer bases sólidas sobre las que desarrollar una conducta individual y social determinada (piensa

en Platón o en Aristóteles). El conocimiento genérico del mundo y de las cosas que pretende la filosofía era muy amplio, abarcaba tanto cuestiones genuinamente filosóficas, o abstractas, como cuestiones éticas, políticas, artísticas, científicas, teológicas y religiosas. Lo único que tienen en común tan diversos propósitos es el deseo de llevar la razón, el poder del pensamiento y de la racionalidad, tan lejos como sea posible.

La fe cristiana no pretendía ni conocer el mundo ni explicar la realidad ya que sus fines eran puramente espirituales (la salvación). Sin embargo va a echar mano del pensamiento griego o helenístico para apuntalar conceptualmente sus creencias. ¿Cómo es posible que dos aspectos de la realidad tan distintos puedan llegar a confluir? Podemos hablar de dos factores: uno es el factor humano, porque muchos de los cristianos conocían la filosofía griega; otro es el ético-social, en el sentido de que la filosofía, como el cristianismo, supone comportamientos éticos y prácticas sociales que se contrastan.

En sus primeros tiempos, el cristianismo se mostró extraordinariamente violento y combativo para con todas aquellas ideas y teorías que lo contradecían. Esta postura se reforzó cuando logró llegar a ser, mediante el Edicto de Milán, proclamado por Constantino (en el año 313), la religión oficial del Imperio Romano. Sin embargo, a la larga, la postura de colaboración y simbiosis de ideas se fue reforzando e imponiendo, y todo ello por un motivo muy sencillo y muy importante: porque la doctrina cristiana, mucho más simple, no explicaba nada sobre el funcionamiento de la naturaleza o la organización política. El único marco teórico general de comprensión de las cosas era el griego, y al cristianismo no le quedó otro remedio que adoptarlo.

Evidentemente, al adoptar un marco general de pensamiento ajeno a sus primitivas intenciones, se colaron con él una serie de ideas que no eran de raíz cristiana. Juntas, todas ellas configuran el plano teórico en el que las sociedades occidentales, muchos cientos de años después, nos seguimos moviendo: el mundo intelectual de nuestra sociedad (con todas sus ramificaciones, eso también debes tenerlo presente: historia, ciencia, arte...) ha sido construido a partir de la matriz de ideas de origen griego y de origen cristiano o judeo-cristiano, en la medida en que la mayor parte de ellas se encuentran en el Antiguo Testamento. Veamos algunas de las ideas más novedosas que difunde el cristianismo y que contrastan con el pensamiento griego:

1. Dios. No es una entidad teórica o racional (piensa en Aristóteles), sino un ser que puede, incluso, llegar a hacerse de carne y hueso, y sacrificarse por los hombres para nuestra salvación. Es un Dios que es a su vez un padre severo y amoroso. Nos crea, es responsable de nosotros, y, al final, nos pedirá cuentas. Es decir, que, por primera vez se salta el abismo que en los griegos separa a los dioses de los hombres y se establece una vinculación personal entre Dios y el ser humano.
2. El ser humano. El ser humano, en general, sin distinción, aunque sea mujer o esclavo, posee una dignidad y un valor infinito que en los griegos no se da. La dignidad la adquiere precisamente por ser hijo de Dios, y por tener un alma que Dios resucitará y juzgará. Pero es que por primera vez esto le posibilita ser un sujeto libre y responsable. Los seres humanos nacen marcados por el pecado original pero pueden redimirse a través de la fe. El mal, así como el bien, dependen de sus actos, de su voluntad de hacer el bien, que será irremisiblemente juzgada. La visión griega del mundo es, en general, necesitarista, es decir, que los seres humanos actúan, en cierta manera, por necesidad. Fíjate en lo que decían Sócrates, Platón y Aristóteles: si hacer el bien es conocerlo, en cuanto se conoce, no existe libertad: se busca el bien y se

sigue. Por el contrario, quien no lo conoce, no es responsable de sus actos, y no actúa libremente: actúa como le determina su ignorancia.

3. La historia y el tiempo. La historia y el tiempo ya no son eternos ni giran en círculos. La historia y el tiempo comienzan en el momento en que Dios creó el mundo y a los hombres que lo habitan. La historia terminará con el fin del mundo y el juicio final. En ese momento, aunque se termina la historia, comienza la eternidad de los premios en el cielo, y la eternidad de los castigos en el infierno. El tiempo, que es el transcurrir de la historia, es tal y como nosotros lo vemos: no es circular, sino que significa avance, progreso, recorrido, movimiento, de un punto inicial a un punto final, que son total y absolutamente distintos e irrepetibles.
4. La verdad. La verdad ya no es el resultado de un esfuerzo racional como pretendían Platón y Aristóteles. La verdad es la palabra de Dios, que Dios mismo ha revelado y que se encuentra en las escrituras. Esta verdad se cree si se tiene fe, y no se discute, se investiga ni se intenta mejorar. Ahora bien, sobre aquellas cuestiones sobre las que Dios no ha dicho nada, bienvenido sea todo el conocimiento griego. Pero en caso de duda o de controversia, la primacía de la teología, del saber teológico, del saber revelado, del saber divino, es clara.

Estas han sido las tesis más generales que pensadores cristianos trataron de conectar, a base de gigantescos esfuerzos teóricos, con el pensamiento griego y, puesto que la filosofía es la búsqueda del conocimiento siguiendo la razón, y el cristianismo parte de ciertas verdades dadas por la fe (concedida como gracia divina), habría que dilucidar, en caso de duda, qué le corresponde a la fe y qué a la razón. Esta tarea será objetivo básico de la filosofía cristiana y musulmana durante más de diez siglos en los que se pueden diferenciar varias fases. Aunque podríamos remontarnos al siglo I con la obra de Filón de Alejandría², analizar las similitudes entre el neoplatonismo de Plotino³ o analizar el pensamiento de los padres de la Iglesia⁴, comenzaremos por **Agustín de Hipona**⁵, en la segunda mitad del siglo IV y los comienzos del siglo V.

3 AGUSTÍN DE HIPONA: LA RAZÓN SUBORDINADA A LA FE

Agustín de Hipona, o San Agustín⁶ no se convirtió al cristianismo hasta el 386 después de una juventud propia de un romano acomodado de buena familia dedicado a todo tipo de pasiones. De entre su abundantísima producción, dos son las obras que debes conocer: las *Confesiones*, y el *De civitate Dei*.

San Agustín es el primer autor de una síntesis filosófica cristiana, apoyándose básicamente en Platón, reconvirtiendo al cristianismo todos los asuntos fundamentales que éste había tratado: la inmortalidad del alma, las recompensas en otra vida, las demostraciones de la existencia de Dios, etc.

Su postura con respecto a las relaciones entre lo que nos dice la razón y lo que nos revela la fe gira en torno a la cuestión de la verdad: el conocimiento no tiene límites si

² Filón de Alejandría (15 a.C.-41 d.C.). Puedes consultar su pensamiento en la página 113 de tu libro de texto.

³ Plotino (205-270). Puedes ver su filosofía en las páginas 114-116 de tu libro de texto.

⁴ Patrística, también en tu libro, en las páginas 117 y 118.

⁵ Conocido por San Agustín; tanto él como Tomás de Aquino o Santo Tomás fueron santificados por la iglesia católica, no por su vida o sus milagros, sino para convertir a sus teorías en inexpugnables e incriticables dogmas de fe, verdades necesarias para todos los cristianos. Tomás de Aquino, que será otro de los autores que veremos en el próximo tema, intenta hacer lo propio, pero no con el pensamiento de Platón, sino con el otro gran filósofo griego: Aristóteles. En general, todos los pensadores cristianos se mueven entre estos dos polos.

⁶ Nació en Tagaste, una ciudad romana situada en lo que hoy en día es Argelia, en el año 354, muriendo en el año 430 en la ciudad de Hipona, también en el norte de África, de la que era obispo, mientras los vándalos la atacaban

viene iluminado por la fe y la revelación. La fe es la guía más segura: hay que creer lo que Dios revela para llegar a comprender. Por eso, según San Agustín, las escuelas filosóficas no tienen ni pueden tener la verdad. Esta no se argumenta ni se discute; no se razona ni se cuestiona: viene directamente de Dios a partir de su revelación. Es la verdad más elevada y no se puede dudar de ella. (Este dogmatismo y este fanatismo cristiano nunca pudo ser entendido ni asimilado por los griegos ni por los romanos de formación clásica). Pero también la razón puede preceder a la fe, no para demostrar las verdades reveladas sino demostrando que es razonable creer.

Las conclusiones que la iglesia cristiana extraerá de aquí, la postura que se suele denominar *agustinismo político*, son de una enorme importancia histórica: puesto que la verdad de Dios está por encima de la verdad de los hombres, la sociedad que ejemplifica esta verdad, la Iglesia, debe estar por encima del poder humano, del Estado. El *agustinismo político* como postura explícita de la iglesia cristiana ha estado vigente durante largos siglos. Todos habéis oído hablar de las luchas continuas entre el papado y el imperio por el control político del Occidente cristiano, o de los papas excomulgando reyes que se oponían a su poder, o de la religión católica como religión de estado, etc.

4 RAZÓN Y FE EN LA FILOSOFÍA MEDIEVAL

La postura agustiniana de subordinación de la filosofía a la fe no será la que triunfe en los siguientes siglos sino otra aún más radical expresada por uno de los llamados padres apologetas, Tertuliano⁷: "*Credo ut absurdum*", creo porque es absurdo. La fe, piensan numerosos autores cristianos, no necesita ser razonable, la fe es la única guía y la razón encarnada en la filosofía es sólo un acompañante molesto y dañino. Los esfuerzos por esclarecer las relaciones razón-fe volverán a ser notables muchos siglos después, a partir del XI, cuando definitivamente quedan superadas las posiciones radicales de Tertuliano, y se da acogida de nuevo a la actividad racional. Por otra parte, el problema no es exclusivo del pensamiento cristiano sino que también está presente en el pensamiento árabe y judío. En los tres ámbitos, los dialécticos (defensores de la autonomía de la razón) se enfrentan a los teólogos (defensores de la fe). El contexto teológico medieval en el que tiene lugar el debate permite analizar e intentar comprender las diferentes soluciones.

En el siglo XI se encuentra ya el primer intento pacífico de acoger la actividad racional en el ámbito de la fe a cargo de Anselmo de Canterbury⁸. La fe del creyente busca esclarecerse en el ámbito racional. Supone una vuelta a San Agustín en la solución al problema. Se defiende la servidumbre de la filosofía respecto de la teología; sin la iluminación de la fe todo intento racional es vano. En general, toda la corriente agustiniana, al considerar que la razón recibe una iluminación divina tendía a confundir en ámbito de la razón y la fe.

En el siglo XII se debate esta problemática en los pensadores árabes y judíos. Averroes⁹ se preocupa por conciliar su irrenunciable fe musulmana con la confianza en la razón personificada en Aristóteles: la actividad racional no es contraria a la fe, sino algo a lo que la revelación convida e invita. Pero esa actividad racional depende de la clase de individuo que se es y de su correspondiente actitud respecto a la

⁷ **Quinto Séptimo Florente Tertullianus**, castellanizado como Tertuliano (160 –220) fue un líder de la Iglesia y un prolífico escritor. Nació, vivió y murió en Cartago, en el actual Túnez.

⁸ San Anselmo de Canterbury (Aosta, 1033 - Canterbury, 1109). Fue un monje benedictino, arzobispo de Canterbury durante el periodo 1093-1109. Destacó como teólogo y filósofo escolástico.

⁹ Averroes (latinización del nombre árabe Ibn Rushd) es el nombre por el que se conoce en la tradición occidental (Córdoba, Al-Ándalus, 1126 – Marrakech, 10 de diciembre de 1198), filósofo y médico andalusí, maestro de filosofía y leyes islámicas, matemáticas, astronomía y medicina.

comprensión de la fe. De cualquier modo, Averroes es defensor de la armonía entre la razón y la fe, afirmando la interpretación alegórica de los textos revelados en los casos de conflicto; lo que en definitiva supone dar prioridad a la razón.

Maimónides¹⁰, dentro del pensamiento judío del siglo XIII, tampoco es ajeno a esta temática. Considera a la Biblia como expresión de la verdad, da acogida a la filosofía y la utiliza para explicar el sentido de los textos bíblicos, acudiendo también a la interpretación alegórica.

La opción más fuerte a favor de la autonomía de la razón, de la independencia de la filosofía frente a la teología, se encuentra en la teoría de la doble verdad defendida por los averroístas. Existe una verdad teológica o de fe, dirán, y una verdad filosófica o de razón, pudiendo ambas ser afirmadas aunque sean incompatibles, por pertenecer a órdenes diferentes.

El conocimiento de Aristóteles en Occidente y la posición del averroísmo llevan a Tomás de Aquino a replantear el problema y darle una solución diferente de la averroísta y de la agustiniana. Tomás de Aquino se pronuncia por la autonomía (relativa) de la razón: el campo de la filosofía está enteramente sujeto a la razón, y la teología se basa en la revelación. En cuestiones comunes afirma la armonía; y en caso de conflictos, o se trataría de errores de la razón o de errores en la interpretación de la Escritura. Dados los condicionamientos de la época, Tomás encuentra el origen de los conflictos en los errores de la razón. Y es que para Tomás de Aquino, saber revelado y saber racional, por tener un mismo origen y un mismo autor, no pueden contradecirse. Ni la razón (cuando la usamos correctamente) ni la revelación (puesto que tiene su origen en Dios) pueden engañarnos. Ahora bien, siempre que una conclusión filosófica contradiga al dogma, nos hallamos ante un cierto signo evidente de que tal conclusión es falsa. Pongamos por caso que la razón nos demuestra A y la revelación nos dice no-A. ¿Qué pasa entonces? La revelación es revelación divina, luego no puede equivocarse. Hemos cometido algún error en nuestros razonamientos. Debemos pues, revisar esos razonamientos hasta encontrar ese error.

Con Tomás de Aquino y otros pensadores del siglo XIII como Buenaventura (1221-1274) y Duns Scoto (1266-1308) culminaba un viejo proyecto: la unión de la teología natural con la teología revelada, de la razón con la fe. Los grandes sistematizadores de este siglo pensaron que no se podía retroceder tras ellos, que sus síntesis ya formaban parte del tronco común del pensamiento cristiano hasta el punto que sólo quedaba desarrollar sus programas en detalle. El siglo XIV declara inviable este proyecto con Guillermo de Ockham a la cabeza, y lo hace desde los supuestos del fideísmo más radical: no hay maridaje posible entre fe y razón. A Dios no se llega mediante ningún tipo de razonamientos. Así pues, se trata de una crítica realizada desde presupuestos teológicos sobre las aspiraciones ilegítimas de la filosofía.

Lo verdaderamente revolucionario de estas teorías será que con la separación tajante de la fe y de la razón, el mundo se queda a disposición de los hombres: desde el momento en que Dios ha creado todo libremente, todo es posible, y podemos tratar de investigarlo, caiga lo que caiga. El final de este proceso, unos tres siglos más tarde: el nacimiento de la ciencia moderna, la obra de Copérnico y Galileo.

¹⁰ Moshé ben Maimón o Musa ibn Maymun, también llamado desde el Renacimiento Maimónides, conocido entre los cristianos como Rabí Moisés el Egipcio (1135, Córdoba - 1204, Fustat, Egipto), fue el médico, rabino y teólogo judío más célebre de la Edad Media. Tuvo una enorme importancia como filósofo en el pensamiento medieval.